

Los niños desaparecidos

Hace ya muchos años, cuando el poblado de Tapaná, ubicado en el sureño estado de Oaxaca, aún estaba constituido por unas cuantas familias, las que habitaban principalmente en las márgenes del río "Novillero", vivían rodeados de árboles de papause, guchume, amate, guacanastle, cuajinicuil, sauce, clavellina y principalmente ciruelos. Las mamás lavaban a las orillas del río, mientras el marido se iba a la huerta o rancho cercano, a barbechar o al rastrojo. Los niños más pequeños se entretenían jugando en la arena, o los más grandes se metían a nadar en las profundidades de la poza "la peñita". Había otros que se ponían a pescar sardinas con anzuelo.

Sucedió que dos pequeños hermanos jugaban alegremente a unos cuantos metros de su mamá, esta mientras lavaba, no dejaba de mirarlos a reojo, refregaba los pantalones contra una piedra, y luego los golpeaba contra la misma, esto se oía como un eco. A cierta distancia de ellos, divisaron una vaca, se les hizo conocida, porque su papá tenía una del mismo color, observaron que pastaba tranquilamente por lo que decidieron caminar hacia donde estaba y arrearla para su casa, la madre no se percató en ese momento de los que hacían, ya que estaba muy confiada de que no harían nada malo los pequeños, a su lado tenía la jícara llena de pozol, la levanto para darle un sorbo, y no vio a sus niños, además por la forma en que caía el sol le estorbaba la visibilidad por el resplandor en el agua. Distinguió a la distancia un reducido grupo de niños y pensó que ahí estaban los suyos, pero paso un lapso aproximado de una hora, y busco nuevamente a los dos pequeños, al no verlos, salió del agua, los busco en la playa, no pregunto a nadie por los niños, ya que pensó que a lo mejor Pedro, su viejo ya había regresado del monte y como vivían a unos cuantos metros los niños se habían ido con él. Pensando esto decidió apurarse con los pocos trapos que le quedaban de exprimir, y fue por la ropa que se encontraba sacándose sobre las piedras, y otro poco sobre las ramas.

Sudorosa caminaba con la batea sobre su cabeza, amortiguando su peso con un yagual, al llegar al patio de su casa se le hizo raro no escuchar el bullicio de los niños, vio que Pedro se mecía en la hamaca del corredor, se dirigió al tapasco de los trastes y flexionando las rodillas, de una forma muy práctica inclino la cabeza y depositó la batea. Sacudió la hamaca de una forma tan brusca para que su marido se despertara, su rostro comenzaba a mostrar síntomas de miedo, pues nunca había dejado tanto tiempo a Teresita y a Jaimito, la niña de cinco años y el niño de tan solo tres, respectivamente.

Enfurecido por la forma en que fue despertado, Pedro le dijo; -que te pasa, porque me asustas mujer. Ella con el temor reflejado en el rostro, sabiendo del carácter de Pedro, temblorosa, soltó el llanto. - Los niños Pedro, donde están, tú fuiste por ellos, ya tiene rato que nos los veo. Martha nunca había visto la forma que torno la cara de su marido, observo en ese momento el miedo, la angustia. La piel morena, se torna pálida. Comenzaron a llorar, y ella habla nuevamente, es que creía que te habían visto llegar y se habían venido pa`ca contigo, yo me confié, de eso ya tiene retehartado, como andaban los hijos de Celedonia, TENCHITA, y de Camila y ellos estaban entre la bolita no los había echado de menos.

Pedro ya no aguanto más, sin ponerse los huaraches, salió como rayo de su casita, se dirigió al río, preso de un miedo que nunca antes había sentido, iba completamente frío, pensaba que a lo mejor hasta se ahogaron y nadie los ayudo, siempre pensaba lo peor. Alcanzaba a escuchar el llanto de su mujer, le gritaba que la esperara. Como estaban cerca del río, llegó pronto, luego se fue acercando al grupo de unos cinco niños, y le pregunto si no habían visto a sus hijos, todos se miraron entre si, y moviendo las cabezas todos dieron una respuesta negativa. Caminaron río abajo, y aun se encontraba lavando Rosaelbia, y también le preguntaron por los niños. Les dijo que los vio pasar, iban tomaditos de la mano, les pregunto pa`onde van, a lo que los menores contestaron, vamos con mi ama, es que se le vino una vaca a mi apa y la vamos a regresar pa la

casa. Como no había visto pasar a Martha, pensó que ya iba más adelante de ellos, y continuó lavando. Pa` onde agarraron, pregunto Pedro. Se fueron como rumbo pa`l llano, tomaron el camino carretero contesto la mujer, y continuo lavando muy campante. Otras dos señoras, curioseando se acercaron a la pareja, y como le vieron el llanto pensaron que Pedro le había pegado a su mujer. Después de haberles explicado el motivo, también ellas negaron haberlos visto.

El cielo comenzó a tornarse oscuro, aunque era una hora muy temprano del día, la luz fue poco a poco desapareciendo, comenzaron a vislumbrarse a lo lejos las figuras de los relámpagos, fueron acompañados por unas diminutas gotas de lluvia. Los sufridos padres, tomados de las manos, las cuales estaban frías, sudaban y temblaban al mismo tiempo, pensaban que la vista se les nublaba a cada uno, pero era el cielo quien la acompañaba en su llanto, en su dolor.

Antes de que se soltara fuerte el porrazo de agua, ya todos en la población estaban enterados de la misteriosa desaparición de los niños, y la forma tan extraña en que el demonio se les apareció; en forma de una vaca.

Arnulfo, el compadre de Pedro fue el encargado de juntar a los hombres, les pidió que trajeran dos carretas, y los que tuvieran caballo que se los trajeran también. Los de a pie fueron llevados en las carretas, otros que acompañaban a Pedro decidieron caminar a su lado. Algunas mujeres que decidieron ir con sus maridos también en la búsqueda, fueron llevadas en las carretas junto con Martha.

Se disponía a salir la comitiva, iban enfilándose rumbo al camino de carretas, cuando vieron a lo lejos que se divisaba una figura, la cual se dirigía en dirección a ellos, llegaron a pensar que era el pequeño, pero a medida que se acercaban el tamaño se fue haciendo más real, hasta que vieron que era Teofilo, un yo pase junto a ellos, y creo que ni me vieron, porque casi rozamos al toparnos. Uno de los vecinos que hacia bola le grito, casi a manera de insulto; pos porque no se los trajo, si vio que estaba muy chiquitos pa` andar solitos. Alguien pregunta, si había visto algo o a alguien adelante de ellos. No, no se veía ningún rastro, ya ven lo empolvado que esta el camino, así que cualquier huella queda bien firme.

Me llamó la atención que cuando pasaron junto a mí, me pareció en ese momento escuchar unas voces, como si fueran de hombre y mujer ya mayores, y al rato escuche el ruido como cuando golpea el hacha al cortar la madera, más ya no volví a encontrarme con cristiano alguno en todo el camino del llano pa`ca. Fue mucho el tiempo que pasaron haciendo preguntas, no se percataron de que la noche comenzó a asomarse, nuevamente el llanto de los afligidos padres fue que hizo que en todos se acordaran del motivo por el cual estaban juntos. - - Bueno pues, hay que seguir, a lo mejor por ay los encontramos, han de estar muy cansados, no creo que aguanten mucho, ya han caminado bastante, se escucho decir.

-Pos ora pues compadre, púyle a los bueyes.

Saben que, perdimos mucho tiempo, dijo uno de los de a caballo por el rumbo que tomaron sabemos que van pa` pueblo viejo, acuérdense que esta la montaña, y es difícil subirla, además hay mucho peligro por los animales. Las carretas nos van a tener que esperar con las mujeres, ni nodos hasta onde lleguen, tenemos que ir caminando. La luz de la luna es poca, así que hay que avivarnos, hay que pelar bien los ojos. Pos ojala y Dios quiera que los encontremos y si es con vida que mucho que mejor. Al escuchar esto ultimo, los padres se desesperaron mas, pues no renunciaban al intento de querer hallarlos aun con vida, eran todo lo que tenían, la luz de sus ojos, no les importaba ser pobres, eran felices, no ambicionaban mayor felicidad que la de verlos crecer, y tener nietos.

La marcha era casi en silencio, se dejo de oír el rechinado de las carretas que habían quedado atrás, con tanto que les llovía, luego se les secaba la grasa, sobresalía el sonido producido por los cascos de los caballos, resplandecían en la noche, el filo de los machetes al ir cortando las ramas que estorbaban el paso, de vez en cuando alguno de los del grupo gritaba el nombre de los niños; a veces era a Teresita, a veces a Jaimito, pero el resultado siempre fue el mismo. Los grillos

cantaban con mayor intensidad, y las luciérnagas encendían sus luces llamando a los machos para realizar el apareamiento. Tal parecía que todos ya sabían lo que podrían encontrar, pero nadie se atrevía a comentarlo.

En el sitio en donde acamparon las dos carretas solo se quedó un matrimonio, ya que nadie quería dejar de participar. Fueron tía Tele y tía Minguita las que comenzaron a elevar las plegarias en voz alta, pedimentos, rosarios, padre nuestro y ave María no faltaron, esto fue como si un espíritu hubiese inundado aquel grupo de aproximadamente cuarenta gentes, los que iban ya cansados, sintieron renacer sus fuerzas. En otros, los más pocos, los rezos no fueron suficientes, pues ya comenzaban a mostrar signos de fatiga y elevando la voz dijo uno de ellos; eyy, porque no paramos un rato, o mejor esperamos a que aclare por la mañana, a lo mejor los niños, han de estar dormiditos, y de tan cansados que están si pasamos cerca de ellos ni nos van a sentir, detuvieron la marcha y se apagaron los rezos. Cleofás fue el que habló esta vez; los que se sientan cansados, que se regresen pa`ontan las carretas, y que nos alcancen por la mañana, los que quieran seguir aunque seamos pocos, llegaremos hasta onde podamos. Pues muy a fuerzas, pero todos siguieron.

Un viento helado comenzó a soplar conforme subían la montaña, los densos matorrales y los grandes árboles se tornaban en figuras de variadas formas, en algunas áreas estaba tupido de bejucos, lo cual dificultaba el caminar, tenían que ir abriendo brecha. Un relámpago de mil formas, iluminó por segundos aquel grupo, encontrándose algunas miradas fatigadas, otras con miedo, un trueno hizo que aquel grupo se hiciera más compacto, pues todos buscaban estar cerca de alguien, arreciaron los rezos, una frágil y helada lluvia se dejó sentir, y los sombreros de palma poco a poco se fueron humedeciendo.

No habían encontrado ningún rastro, ningún destello que indicara que los niños habían pasado por ahí. Comenzó a llegarles un aroma de flor del amanecer, flor de campo, y otros aromas silvestres, junto con ellos los primeros rayos del sol. Habían andado toda la noche infinidad de kilómetros, la marcha cada vez era más lenta, y todos con la mirada fija al suelo. Fueron pocos los momentos en que el matrimonio dejó escapar las lágrimas, parecía que cada momento que pasaba y no los encontraban surgían de la inagotable fuente del alma, la fuente del alma de los padres que son los niños.

Sobre una porción de terreno que estaba en una pequeña planicie, donde aun se conservaba intacta la huella del rocío, caminaba lentamente Marcial, algo que llamó su atención y que hizo que sus pesados ojos negros se abrieran en toda su circunferencia fueron unos picos dibujados en el polvo, habían quedado firmemente grabados, se agachó para estar seguro, Leonel que lo observaba a la distancia, se acercó corriendo, todos los demás no observaban, ya que unos estaban recargados sobre una pochota, otros en una lumbricera, descansando, mientras las chachalacas cantaban. Marcial le dijo; espérate, parece que son las huellas de la niña, no les hables a todos, ya que se amontonarían y se borrarían, mejor háblale a Cleofás. Pedro que a pesar del cansancio a todo estaba atento fue presuroso, e interrogando; que paso muchachos, que encontraron, mira le dijo Marcial. Fue una inyección de esperanza, pues después de muchas horas de búsqueda, fueron los primeros indicios de que los niños habían seguido por ese camino. Entonces, todos se juntaron y comenzaron nuevamente a vociferar los nombres de los pequeños. Luego de pasado un rato de euforia por las huellas encontradas, surgió la pregunta, y el niño, porque no están sus huellas también, se habrá quedado atrás, y si lo pasamos sin darnos cuenta.

Siguieron las huellas las cuales llegaban hasta un arroyuelo que descendía de lo más alto de la montaña, donde algunos se remojaron la cara, tomaron agua y lavaron los paliacates ya muy sudados.

En eso estaban cuando escucharon unas voces que provenían de la parte baja del cerro, eran de más gente del pueblo que los había alcanzado, y le traían totopos, memelitas, yuca cocida, queso seco, tempechile, y frijoles es que no habían probado bocado alguno durante toda la noche. Les preguntaron si no habían visto huellas de los niños, la respuesta fue negativa, ellos vinieron siguiendo las huellas del grupo.

Un Muchachito de unos quince años, hijo de tío Juventino, el cual se acaba de integrar a la búsqueda, caminaba por delante, y alcanzó ver a la distancia un pequeño objeto, corrió y encontró sobre una piedra un guarache el cual era de la niña. Los padres llegaron, él les entrego el objeto, lo besaron. Algunos opinaron, han de estar por acá cerca, hay que apurarnos. Unos metros más adelante apareció el siguiente guarache, pero del niño, no había rastro alguno. Ya casi sumaban las veinticuatro horas de que se habían perdido, y dos guaraches era todo lo que tenían. Salieron de la espesura de la montaña, descendieron varios metros, y se acercaban a un área de grandes piedras. Había una piedra de enormes proporciones, fue entonces que el mismo jovencito les dijo, voy a subirme a aquella pá ver si veo algo, fue ayudado por otro mas mayor que el, con cuidado no te vayas a resbalar, le recomendaban, había partes cubiertas de tierra, por eso al querer buscar apoyo se resbalo en dos ocasiones, pero no fueron mas que sustos, en verdad estaba difícil la subida, tanto que por el esfuerzo realizado al tocar parte de la superficie superior de la piedra sentía que se desmayaba, la vista se le nublo, reposo un segundo, hizo un ultimo esfuerzo y por fin llego hasta arriba, arrastrando el cuerpo, se tendió boca arriba pá tomar aire. Una vez que se le aclaro la vista, giro la cabeza para ver en donde estaba, y cual grande seria su sorpresa, a unos cuantos centímetros, que casi rozaba los pies de la niña, un frío recorrió su cuerpo, quiso gritar en ese momento, pero no logro articular palabra alguna. Hasta que por fin grito; eeeyyy, aquí esta uno, es la niña. Todos se arremolinaron en torno a la enorme piedra. La pregunta esperada fue saber si estaba viva. Creo que esta muerta, tiene mucha baba escurriéndole, alcanzo a gritar. Sin reponerse del tremendo susto, pidió que alguien subiera, ya que un inmenso miedo comenzó a recorrer por todo su cuerpo, sintió que todo giraba a su alrededor, y cayo sin sentido, muy cerca del cadáver de la menor. Los que estaban abajo se preocuparon mas, ya que no escuchaban que les hablara, quien sabe que le habrá pasado, apúrense a subir otros, pa` que vean que esta pasando. Por fin Nicolás fue el que empezó a escalar la enorme piedra, vio que estaban los dos cuerpos, alcanzo a tomar al del joven de los pies y a jalarlo para que despertara; ey Fidel, despierta, levántate, por fin después de tanto jaloneo, el joven reaccionaba, volvió a ver el cadáver y rompió en llanto. Nunca en su vida había recibido emoción tan impactante.

Pedro, aquí esta Teresita, le gritaron los de arriba, pero esta muerta, agregaron. Esta noticia provoca el desmayo en Martha, su cuerpo fatigado, cansado de tantos kilómetros caminados, sin probar alimento alguno, el desvelo, y la impresión ultima, fue mas que suficiente para llevarla a la inconciencia. Comenzaron nuevamente los rezos y llantos. A Martha le frotaban alcohol en la nuca, otros aprovechaban pa` echarse mejor un traguito. Ya una vez repuestos los que habían encontrado a la niña, pidieron que les aventaran unas cuerdas para poder bajar el cuerpo, fácil eran unos quince metros de altura que tenia la piedra. Unos a otros no dejaban de preguntarse, como era posible si a los muchachos les había costado mucho trabajo subir, ora a la niña, figúrate, decían.

Ataron el cuerpo, habiéndole pasado un nudo ciego por el pecho, luego otro bajo los sobacos, y comenzó el descenso del cuerpecito, se veía tan frágil en la altura, se desplazaba con el vaivén del viento. Con cuidado, que no se golpee con las piedras, despacio, despacio. Silencio.

Cuando por fin la depositaron en el suelo, Martha ya había vuelto en si, el alcohol había surtido efecto, fue llevada por Pedro junto a la niña, se arrodillo y esta vez el llanto no tuvo compasión de los oídos de todos los presentes, era un llanto lastimero, no se entendía lo que le decía, golpeaba a los que estaban cerca de ella, se tiraba al piso, mordía la tierra, siempre preguntando; porque, porque.

Algo que les llamo la atención a algunos es que el cuerpo no presentaba aun rigidez, estaba frío, y no había huellas de descomposición, pues quien sabe cuanto tiempo llevaba. También preguntaban en que momento se habían separado los hermanos, que habría sido del menor, como es que no había ningún rastro.

Uno de los de a caballo, no espero más, se subió a la bestia, le espueleo y se dirigió rápidamente rumbo al poblado. Pasado ya un rato, el rostro de los sufridos padres se torno mas sereno, hasta el momento la búsqueda no había sido estéril, se les notaba un poco de paz.

Cleofás le dijo a Pedro; si quieres vete al pueblo nosotros vamos a buscar un poco más adelante, que se vayan contigo todas las mujeres, nos quedaremos unos cuantos nomás, si encontramos algo, alguien les avisara, tal vez lleguemos ya entrada la noche. Pedro acepto el ofrecimiento que le hicieron, no podía negarse, pues había visto todo el esfuerzo que había hecho cada uno de ellos, incluso hasta las mujeres ayudaron bastante, así que emprendieron el retorno llevando en el corazón la férrea esperanza de que pudieran encontrar aunque sea el cuerpecito del niño. Fueron bajando nuevamente la montaña, ahora a pasos mas acelerados, hasta que llegaron al sitio de las carretas, la pareja que se había quedado, descansaba a la sombra de una pochota, mientras los bueyes comían totomoste. En cuanto los vieron venir, pensaron que por fin los habían encontrado, se levantaron rápidamente del tronco en que estaban sentados, y vieron que traían a la niña en los brazos. Juntaron los bueyes, les pusieron la coyunda, y una vez uncidos, comenzó la marcha silenciosa rumbo a Tapaná, ya era cerca de la media noche cuando hicieron su arribo, casi toda la gente que no se había sumado a la búsqueda, los esperaba con bombillas, quinqués, velas. Tal parecía una procesión, uno a uno se fueron sumando, hasta que llegaron a las orillas del río ‘novillero’, en donde estaba la casa de Pedro, ya habían dispuesto el catre para tender el cuerpecito, y como se encontraba cerca la temporada de festejar a los muertos, el aroma a cresta de gallo, cempasúchil, flor de lechita inundaba la habitación.

Las mujeres más entradas en años, prepararon el cuerpo, lo vistieron, y su rostro adquirió una tonalidad de frescura, tal parecía que aún respiraba, su carita no había perdido el encanto de ser niño. Ya muy de madrugada, se juntaron algunos hombres y se fueron a abrir sepultura, pues planeaban sepultarla por la mañana.

Cuando comenzaba a clarear, se escucharon muchos ladridos, la gente comenzó a salir de sus casas, todas las miradas convergían en una sola dirección, la entrada del pueblo, una nube de polvo abrazaba a los caminantes, casi irreconocibles, que paso a paso se dirigían a la casa de Pedro, este que luego supo que los que se acercaban eran los que se habían quedado a buscar al niño, salió presuroso, sin decirle nada a su mujer, no le importaba la fatiga, así que casi corrió al encuentro, pero antes de hacer pregunta alguna, busco en los brazos de cada uno de aquellos solidarios hombres, a su hijo. No dijo nada, lo entendió, para que hacer preguntas, mejor pensaba en las respuestas que dar a su mujer. Más dolor, más sufrimiento. Se sentía tan solo.

La banda del pueblo comenzó a sonar, la música acentuaba más el llanto de los dolientes, era como si abonaran el alma, para hacerla más fértil a las lagrimas. El velorio pasó entre llantos, mezcal, cigarros.

El velorio fue muy concurrido, todos se mostraron muy solidarios con la infortunada pareja, le brindaron toda ayuda, desde el escarbar sepultura, matar el puerco que tenían para hacer los tamales. Por fin, se prepararon para iniciar la marcha hacia el panteón, el estruendo de los cohetes que acompañaba a la banda se hizo más repetitivo a medida que llegaban a las puertas del campo santo. En ese momento, el sol se ocultó tras una densa nube oscura, comenzó una débil lluvia durante escasos minutos, era como si el cielo llorara también, pensaban algunos. Luego uno a uno fue apareciendo los rayos del sol, y estos en conjunción con la lluvia formaron trazos de un arco iris, muchos llegaron a pensar que era la extensión de un abrazo entre Jaimito y Teresita.

Martha no soporto mucho tiempo este sufrimiento; la ausencia de sus hijos, poco a poco la fue consumiendo, hasta el día en que dejó de existir, dejando a su viejo solo.

La gente de más edad del pueblo, dicen que a veces ven una figura al oscurecer por los rumbos de pueblo viejo, hay quienes suponen que se trata de Pedro que aún recorre el camino en busca de sus hijo.